

no al gran público. Finalmente, que los temas de sus obras perdieron actualidad, como el caso de sus ensayos filosófico-espiritistas y de "Plus Ultra". Sólo se salvaría de este juicio la "Revolución Mexicana", pero la temprana muerte del escritor y el desconocimiento del libro en México, donde debió haber obtenido gran éxito, contribuyeron a este olvido. Si Fernández Güell hubiera vivido más, si no hubiera sido segada su vida a tan temprana edad, es indudable que hubiera producido obras más perdurables, porque su talento literario y su cultura eran realmente excepcionales.

Capítulo IX

EL TRIBUNO REBELDE

"Al ciudadano a quien se le arrebató el voto se le pone en las manos el fusil".

R.F.G., *El Imparcial*, 15 de mayo de 1917.

El 28 de marzo de 1917 regresa al país Rogelio con su familia, y el personal de "El Imparcial" lo obsequia con una hermosa serenata.

Se encuentra Fernández Güell que su amigo, don Federico Tinoco Granados, ejerce el poder militarmente, después del golpe de Estado, y que lo ha nombrado entre los constituyentes que le darán al país una nueva Carta Magna. Siente escrúpulos porque él sirvió al Presidente derrocado; pero casi todos sus amigos y la gran mayoría del pueblo están con Tinoco. Por la composición del Gobierno, que se ha rodeado de excelentes colaboradores, y por el apoyo popular que recibe, considera que la nueva administración será beneficiosa para el país. De todas maneras, al final él también se rebeló contra González Flores. Quizá piense que su oportunidad política ha llegado, ahora que el Presidente es Tinoco, un viejo compañero republicano, y acepta su ofrecimiento.

Pero las cosas hay que aclararlas y como buen periodista define su posición ante los últimos sucesos políticos escribiendo un editorial que titula: "Mi actitud en la hora presente".

"Al regresar al país, después de una ausencia de varios meses, encuentro el escenario político completamente cambiado. Un huracán barrió las alturas; el gobierno del Licenciado González Flores se derrumbó sin lucha, y en esa hora solemne para Costa Rica y sus instituciones, hizo su aparición en el Poder, la fi-

gura enérgica de don Federico A. Tinoco, recortándose con trazos vigorosos bajo los pliegues de la bandera nacional.

No es hora de juzgar serenamente la labor del Sr. González Flores en los tres años escasos que ocupó la Presidencia de la República, ni fuera caballeroso de mi parte arrojar piedras a las espaldas del caído, como lo hacen los eternos cortesanos, creyendo así halagar al nuevo mandatario. El señor González me contó un día en el número de sus amigos, y colaboré en su Gobierno pres-tándole el concurso de mis escasas luces. Divergencias de criterio me separaron de él en los últimos meses y alguno encontrará en ellas la razón de mi repentino viaje a Europa. Pero simpatizaba con sus proyectos rentísticos que esperaba ver implantados en Costa Rica, con las enmiendas y adiciones que la prudencia y el buen tino indicasen a los legisladores en el Congreso; y aunque distanciado del amigo y presintiendo que a mi regreso tendría con profunda pena, mas con la resolución y entereza que han informado todos los actos de mi vida, que oponerme a su política que precipitaba por un plano inclinado, continuaba profesándole en el fondo de mi corazón el afecto que me había inspirado desde que en las columnas de "El Tiempo" y de mi viejo "Derecho" se reveló su espíritu batallador. Al volver al país encuentro el problema político solucionado y me felicito de que la evolución se haya verificado sin lucha y con el beneplácito de la inmensa mayoría, si no de la totalidad de los costarricenses.

El hombre que ha asumido la dirección de los negocios públicos en momento tan crítico y lleno de responsabilidad, merece mis mayores simpatías. Es todo hidalguía y todo corazón" ... (78)

El editorial lo firma Rogelio Fernández Güell con su nombre. ¡No podía hacerlo con el "Pascual" de antes! Se ha equivocado, pero es de hombres equivocarse y reconocer sus errores, lo que hará muy pronto.

Aun a riesgo de alterar la secuencia cronológica de nuestro relato, es interesante reproducir aquí las palabras de don Tranquilino Chacón, el acusador público de esa época, quien, después de criticar la posición de Rogelio, ya que "ninguna traición tiene justificativo, aunque se diga que el fin justifica los medios", escribió:

"En la pseudo Asamblea Nacional Rogelio sobresale por su elocuencia. A poco ésta rayó muy alto. Yérguese el joven tribuno con toda la grandeza de su alma, al contemplar los desmanes políticos que ya sin rebozo alguno habían comenzado a cometer

los tiranos; Fernández Güell fustigó entonces a éstos con el coraje propio de su rara energía, la que mantuvo erguida hasta su muerte, lavando así su pecado original, como un héroe de la Grecia antigua digno de la leyenda". (79)

Y don Alfredo González Flores, caballerosamente comentaría este episodio, con las siguientes palabras, en 1920:

"El Imparcial, al poco tiempo rectificó su error, su director supo morir con gloria y si algún pecado tuvo en su actitud de pasajero apoyo prestado al traidor, el país lo ha olvidado y perdonado al sellar con el sacrificio de la vida su protesta generosa y valiente contra la usurpación . . ." (80)

El 11 de abril, en solemne ceremonia se inauguró la Asamblea Constituyente que le iba a dar al país una nueva Constitución, trabajando sobre el proyecto que había redactado una lujosa comisión integrada por cinco ex-Presidentes de la República.

Rogelio Fernández Güell está entre los constituyentes más jóvenes, y muy pronto sobresaldrá en los debates por su elocuencia, la claridad de su pensamiento y su independencia de criterio. Su nombramiento se ha debido, sin duda a la amistad que por años lo ha ligado con el mandatario, como él, seguidor del caudillo don Máximo Fernández, su parentesco lejano y más aún la identidad de intereses espirituales que lo unen con su esposa, doña María Fernández de Tinoco, y, ante todo, un reconocimiento a su claro talento. Todo parece indicar que la carrera política de Rogelio, con este honorífico cargo, sigue en ascenso.

Entre los temas que más apasionan a la opinión pública que desde las barras o por los periódicos sigue la trayectoria de la Constituyente, está la discusión de la pena de muerte propuesta en el proyecto, y que desde un principio no ha caído bien entre el público que con temor y recelo la mira como precepto constitucional.

Se forman dos bandos antagónicos: el Licenciado Leonidas Pacheco, notable juriconsulto y orador, tiene a su cargo la defensa de la pena capital. A la cabeza del bando que la combate están el Licenciado José Astúa Aguilar y Rogelio Fernández Güell.

Notables discursos pronuncian estos tres oradores, conquistando el aplauso de las barras.

De profundas convicciones morales, ya Rogelio Fernández había escrito sobre la inviolabilidad de la vida humana en su obra "Psiquis sin Velo".

Después de varios días de apasionantes discusiones triunfa la tesis de la cual Fernández Güell ha sido un ferviente abanderado. El domingo 6 de mayo una manifestación de obreros rinde homenaje al Lic. Astúa Aguilar y a Rogelio Fernández. En los balcones de "El Imparcial" aparece nuestro biografiado, agradeciendo con palabras emocionadas el homenaje.

Otro debate que se suscita en el seno de la Constituyente es la forma de elección del Presidente de la República. Para la mayoría de los representantes el voto directo, puesto en práctica por primera vez en las elecciones de 1913, ha sido un fracaso al elegir a las medianías (nombre con el que, despectivamente, se refieren al Gobierno de González Flores).

La Asamblea aprueba el proyecto que ha presentado el Lic. Alejandro Alvarado Quirós para que la elección presidencial la haga un Colegio Electoral; sin embargo, los diputados, senadores y municipales, sí serán elegidos por votación popular directa.

Fernández Güell impugna el Colegio Electoral con toda decisión, y critica abiertamente a los constituyentes:

"... el Senado es una institución esencialmente aristocrática. El proyecto de Constitución es conservador porque incluye la pena de muerte —redactada por los liberales— y quiere echar por tierra la elección popular circunscribiéndola o limitándola a un reducido número de diputados y senadores y de electores nombrados sabe Dios cómo. Es un proyecto de Constitución conservador redactado por liberales... pero no una Constitución católica. En ella se dice tímidamente, en términos vagos y ambiguos, en un futuro indeterminado, que el Estado protegerá a la Religión Católica, que profesa la mayoría de los costarricenses; en vez de decir con franqueza, con valor: "la religión del Estado es la Católica, Apostólica y Romana", o bien: "El Estado no tiene religión".

La tesis de Rogelio en cuanto al capítulo de la religión, finalmente se ganó, y se mantuvo vigente el precepto constitucional que decía: "La Religión Católica es la del Estado"; pero, el proyecto del representante Alvarado Quirós contra el sufragio popular, se aprobó. Fernández Güell al ver rechazado el voto directo exclamó que le habían dado un golpe de

muerte a la República, y lleno de amargura anunció su retiro de la Asamblea.

El elocuente orador expresó en esa oportunidad:

“Como costarricense amante de las libertades patrias, como ciudadano respetuoso de las instituciones, he visto con profundo dolor que la Asamblea Constituyente, al votar el proyecto del señor Alvarado Quirós ha dado muerte a la República. La Asamblea ha votado contra el sufragio popular y ha consagrado con el voto vitalicio un determinado grupo de ciudadanos, constituyendo así un Cónclave, un anillo de hierro que ha colocado en el cuello de la República. Sé que mañana podría pedir revisión; pero será inútil: se repetirá el acto de hoy.

“Que esta actitud mía no se considere como un reproche a la Cámara ni a mis compañeros, de los que me alejo con pesar, porque yo deseaba ardientemente trabajar en beneficio del país; pero comprendo que aquí mi pensamiento se asfixia: que mi labor en lo sucesivo, resultará estéril; que mis esfuerzos serán vanos. Ya no será el pueblo, ni siquiera un Dictador viril y patriota, poseído de amor al pueblo, el que mande, sino un círculo de oligarcas. Repito que con el acto de hoy, se ha dado muerte a la República, y me retiro con la conciencia tranquila de haber cumplido hasta el último momento con mi deber”. (82)

Los aplausos de las barras acompañan al representante en su última actuación.

La Cámara, posteriormente, por aclamación excita a Fernández Güell a volver a ocupar su curul. Rogelio contesta desde las páginas de “El Imparcial”:

“El eje, el alma de las instituciones, republicanas, es indudablemente, el sufragio. El edificio de las modernas democracias descansa en esta función; es su piedra angular y de él puede decirse lo que Jesús dijo a Pedro: “Eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia”. Quitad el sufragio y se desplomará la República; restringidlo en determinado sentido, y crearéis la aristocracia que degenerará en oligarquía; reglamentadlo, purificadlo, haced que sea la expresión genuina de la voluntad popular, de la conciencia pública, y habréis no sólo salvado, sino ennoblecido la Nación. Con el sufragio se eligen los gobernantes, se integran las Cámaras, se votan las Leyes, se hacen las instituciones; es el alma, el espíritu, la esencia misma de todos los derechos y de todas las libertades. Si viciáis su base, las instituciones, las leyes, el gobierno, todo se habrá viciado. La Constitución, producto de ese sistema absurdo, no será un pac-

to entre el gobierno y el pueblo o una concreción del derecho público, sino una especie de lecho de Procusto de la voluntad nacional. La desnaturalización del sufragio entraña también una grave amenaza para la tranquilidad pública y deja abierta la puerta a las insurrecciones y a los golpes de Estado, como únicos recursos para cambiar de régimen; en otras palabras: al ciudadano a quien se le arrebató el voto se le pone en las manos el fusil. Es así como el sufragio universal, sin más restricciones que las naturales, es una garantía del orden y una válvula de seguridad de las naciones”

El idealista, el convencido republicano, agrega más adelante:

“En ninguna Constitución de la tierra se confiere a determinados ciudadanos el privilegio de electores vitalicios en cuerpos colegiados, prerrogativa que afecta los fundamentos mismos de la República, la que se basa en el principio de igualdad ante la Ley, alma mater de las democracias. . .” (83)

El 18 de mayo, en un editorial titulado “La Hora es solemne”, Fernández Güell desde las páginas de su periódico arremete contra el Gobierno, aunque hábilmente dejando de lado al Presidente:

“El Caudillo está en pie, y en sus manos ondea el hermoso tricolor. Pero en torno a él se agitan los mutiladores del sufragio, los partidarios de la Pena de Muerte, los que han fracasado en la Hacienda, en las Relaciones Exteriores, en la Constituyente, y que, ni a trueque de sabe Dios qué concesiones, han podido triunfar de la desdeñosa inmutabilidad de Washington, y la corriente de amor, de entusiasmo, de sacrificio, llega al Jefe, saltando por encima del círculo que lo rodea y que paraliza sus nobles impulsos”.

Rogelio Fernández se duele no de haber perdido una batalla en la Constituyente, sino de la Constitución de donde ve emerger de nuevo dominantes a los representantes del Olimpo que tanto odia.

El 17 de julio, “El Imparcial” con motivo de discutirse la llamada Ley del Candado o Ley Baudrit, editorializó asegurando que ésta sería desechada: “No era ni será posible hacer que conviva con el régimen constitucional en perfecta armonía con sus principios fundamentales, una ley de poli-

cía que anula el derecho de reunión, la libertad del pensamiento y todas las garantías que la Carta Magna concede a los ciudadanos”. (84)

Era el primer enfrentamiento serio del periódico que dirige Fernández Güell, contra el gobierno.

Pudiendo ser Sanchos preferimos ser Quijotes . . .

Si Rogelio sentía que se le asfixiaba en la Constituyente, donde sus ideas no encontraban eco, lo cierto es que lo mismo trataba de hacer “La Información” con su periódico, “El Imparcial.” Poderosos móviles económicos se movían para tratar de cerrar el diario que representaba la más fuerte competencia contra los intereses comerciales de la compañía editora Imprenta Moderna, cuyos dueños estaban unidos por estrechos lazos de parentesco y amistad con los gobernantes.

Lo anterior explica el editorial que, el 19 de julio, escribió Rogelio en “El Imparcial” con el título de “Ingratos y Antipatriotas” :

“Como respondiendo a una consigna “La Información” y “La Prensa Libre”, azuzan contra nosotros sus jaurías de mordaces lebreles .

“Se nos atribuyen ambiciones siniestras; se nos tilda de ingratos y antipatriotas; se nos pinta como traidores solicitando la intervención americana. . .

“Somos ambiciosos, porque anhelamos para nuestra patria un régimen de franca, irrestricta libertad; porque pudiendo ser Sanchos preferimos ser Quijotes; y porque, consecuentes con los principios que habíamos sustentado toda la vida, nos retiramos de la Asamblea Constituyente, cuando ésta perdió su agosto carácter y dictó leyes antidemocráticas y ocasionales .

“Somos ingratos porque, desde el primer momento expusimos con franqueza nuestro criterio al gobernante sobre los problemas nacionales, prediciéndole sucesos que desgraciadamente se realizaron; y cuando el gobernante fascinado por los encantadores mirajes que ofrecían a sus ojos Colones y Maurepas fastuosos y ensoberbecidos, nos declaraba terminantemente que no cambiaría de política ni alteraría su sistema administrativo, forzados entonces a oponernos, no a su persona sino a los planes peligrosos de sus lumbreras ministeriales, y en vez de hacerlo de nuestra curúl de diputado, aprovechándonos este modo de la tribuna que debíamos a su “recomendación



bondadosa" (que nunca solicitamos, pues nos hallábamos ausentes del país), preferimos la modesta tribuna que para exponer nuestras ideas y servir al país, nos habíamos levantado en el estadio amplio y luminoso de la prensa; y somos traidores porque en dos ocasiones memorables nos opusimos a que Costa Rica declarara la guerra a Alemania o rompiera relaciones con esta potencia; y porque vimos con profundo dolor que nuestra Cancillería, siguiendo procedimientos exóticos que desdecían de la altivez costarricense, ofrecía al Gobierno americano las aguas y los puertos de la República para las necesidades de su marina de guerra, apartándose así de su franca y honrada neutralidad. . .

"En cierta ocasión, conversando con el Sr. Presidente Tinoco, le manifestábamos la conveniencia de que formara el Gabinete provisional, en el sentido de llevar a él personalidades salientes del foro, el comercio o la política, que le diesen un sello de mayor respetabilidad a su Gobierno, no porque considerásemos ineptos a sus Ministros de Hacienda y Relaciones Exteriores, a quienes en lo particular nos referíamos, sino porque pensábamos que en una hora tan crítica y preñada de responsabilidades debía encargarse del mando y la administración de la nave a personas experimentadas y que merecieran la confianza pública en sus aptitudes y no a jóvenes llenos de "nobles intenciones", inteligentes y honrados, pero inexpertos en absoluto del manejo de los graves asuntos nacionales. . ."

Dos días después, en un nuevo editorial titulado "En Defensa Propia", Fernández Güell decía: "Sus razones tendrá el Sr. General don Federico Tinoco cuando el 27 de enero de este año ordenó al señor Administrador de esta Empresa, en ausencia mía, que pusiera al frente de este diario: "Rogelio Fernández Güell, Director Propietario". Con doble intención agregaba el editorialista: "Los preguntones de la Moderna pueden dirigirse al señor Tinoco en demanda de una respuesta. . .", para terminar el comentario reiterando su amistad a don Federico Tinoco y su aversión "al círculo de nulidades que lo impulsa al abismo y que son el escándalo y el azote de la Nación".

Para la noche del 23 de julio había anunciado "El Imparcial" la entrega de premios del Tercer Certamen Literario que había organizado ese periódico. Pero el acto no llegó a efectuarse. "El Imparcial" había entrado en agonía, y el Gobierno lo clausuró con el pretexto de investigar quiénes eran los verdaderos dueños del periódico, lo que muy bien

sabía don Federico por haber sido uno de sus fundadores.

Así llegó a su final "El Imparcial", el periódico que se había atrevido a criticar al régimen, cuyo último número circuló el 25 de julio de 1917, y, lógicamente, el rompimiento definitivo entre Fernández Güell y los Tinoco.

Rogelio Fernández volvió al Congreso en virtud de un decreto que dispuso que al disolverse la Asamblea Constituyente sus integrantes pasaran automáticamente a formar el Senado y la Cámara de Diputados. Sus actuaciones provocaron más de un incidente en el recinto parlamentario, lo que le valió la etiqueta de "diputado opositorista", calidad entonces muy rara.

Como la guerra europea continuaba, sin vislumbrarse su pronta terminación, el Gobierno declaró la guerra a Alemania. Evidentemente buscaba conseguir el reconocimiento de Washington, ya que el Presidente Wilson se había mantenido inmovible en su tesis de no reconocer al Gobierno de Costa Rica originado en un golpe de Estado.

Se detuvo a ciudadanos alemanes, entre ellos a don Juan Kumpel, ex-consejero económico del Presidente González Flores y activo colaborador de "El Imparcial". Los diputados Fernández Güell y Cortés solicitaron a la Cámara interpelar al Secretario de Relaciones Exteriores sobre el estado de guerra con Alemania. Esta actitud no fue bien vista por el público cuyas simpatías estaban mayoritariamente a favor de los Aliados. "La Información" malinterpretó la posición de Rogelio, diciendo que no se sabía si lo que quería era causarle problemas al Gobierno o solidarizarse con Kumpel, su antiguo colaborador. Lo cierto es que la posición de Rogelio Fernández, de mantener al país neutral, era congruente con sus ideas profusa y profundamente explicadas en su obra Plus Ultra. Pero, muy pocos habían leído el libro o adrede se olvidaron del mismo.

La tesis oficial triunfó holgadamente, y los siete diputados perdedores cargaron con el mote de germanófilos.

En la madrugada del 23 de octubre los vecinos de San José despertaron al ruido de una tremenda explosión que voló el Cuartel Principal y que dejó un saldo trágico de 70 muertos y 50 heridos.

Aunque en un principio se le consideró como un hecho

puramente accidental, La Información, a los pocos días, comenzó a sospechar de un atentado criminal del que culpó a los enemigos del régimen; esto nunca se llegó a comprobar, pero dio pretexto al régimen para abrirle un expediente a numerosos enemigos políticos.

Fue así como, el 10 de noviembre, el Coronel Samuel Santos, Inspector de Hacienda, envió una orden a un subalterno destacado en la provincia de Guanacaste, donde después de enumerar a trece enemigos del régimen (la lista incluía a "Rogelio Fernández Güell y hermanos") le daba las siguientes instrucciones:

"... y como a todo trance urge conservar la paz nacional para la salvación de la soberanía de Costa Rica y su bienestar económico, sírvase usted proceder a redoblar la vigilancia a fin de capturar en su caso a cualquiera de los individuos nombrados anteriormente, captura que usted efectuará, a como haya lugar, esto es, sin temor a funestas consecuencias, de las cuales ellos serán los responsables. . ." (Los subrayados son nuestros). (85)

La inconformidad y malestar contra el régimen crecía conforme pasaban los días. El 13 de diciembre, Alfredo Volio, con su hermano Jorge y un puñado de amigos, ocultos en una carreta huyeron de Cartago y después de algunas peripecias llegaron a David, Panamá, a organizar la revolución.

Rogelio Fernández había participado en varias reuniones secretas, y formó parte de un Comité Revolucionario. Se cuenta que en una de estas reuniones se trató de firmar una proclama desmintiendo que fuera anti-yankee, como se le hacía aparecer, y que a última hora se desestimó. En otra oportunidad, se leyó una carta suya al Secretario de Estado, Mr. Lansing, donde le explicaba los motivos que tenía para enfrentarse al Gobierno, manifestando que personalmente no tenía ningún resentimiento hacia los Estados Unidos. "Cuando viví en ese país —decía— me gané la vida con facilidad y mi hijo mayor, según la Constitución de los Estados Unidos, es ciudadano yanqui, porque nació en Baltimore." (86)

Ya a principios de 1918, convocado por el Congreso, escribió Rogelio manifestando que estaba oculto por existir orden de captura contra él, además de que su domicilio ha-

bía sido violado. Conocida la carta, el Congreso acordó, el 8 de enero, enviar una nota al Ejecutivo pidiéndole explicaciones sobre el caso.

En la sesión siguiente, el senador Alvarado Quirós, con vista en la nota suscrita por el Coronel Santos —a que antes nos referimos— calificó ese acto de inaudito. Si se toma en cuenta que al discutirse la Constitución se rechazó la pena de muerte, ahora esta nota —dijo don Alejandro— con las palabras “a como haya lugar” y sin responsabilidad para los subalternos, equivale a una condenatoria de muerte por delitos políticos, y constituye una violación a la Carta Fundamental que garantiza la inmunidad de los miembros del Poder Legislativo.

Inmediatamente después de su valiente acusación, el senador mocionó para que el Directorio llamara al diputado Fernández al ejercicio de sus funciones legislativas, bajo el amparo de su inmunidad constitucional.

El senador Tinoco intervino para señalar que la comunicación del Inspector de Hacienda estaba fechada el 10 de noviembre, y que, sin embargo Rogelio continuó asistiendo a las sesiones del Congreso, sin que nadie lo hubiera molestado. Se extrañaba el representante que Fernández Güell no se hubiera refugiado hasta la fecha en que habían partido furtivamente del país los hermanos Volio y sus compañeros. Para el senador, Rogelio no había querido concurrir al Congreso porque lo embargaba un ridículo temor.

El Presidente del Congreso, se manifestó por esperar el informe solicitado al Ministro de Policía, para que la actitud del Congreso no constituyera, “por ciega y violenta”, una crítica tremenda contra el Poder Ejecutivo.

La Asamblea finalmente aprobó la moción del senador Alvarado.

Estas incidencias las comentó “La Información”, muy superficialmente, bajo el título de “Las pantomimas de don Rogelio”.

Al día siguiente, se leyó en la Cámara de Diputados la contestación del Ministro Johanning, negando que existiera orden de captura contra Fernández Güell, aun cuando lo consideraba un elemento perturbador de la paz interna, pero aceptaba que se había ordenado prenderlo en caso de que tratara de traspasar las fronteras furtivamente, con fines sediciosos.

Ante la sorpresa de los señores diputados, inmediatamente después, se leyó una segunda nota del señor Presidente Tinoco, en la que protestaba franca y enérgicamente por la moción, que interpretaba como un reproche inmerecido para el Poder Ejecutivo.

Terminada la lectura de la segunda nota oficial, un silencio sepulcral invadió la Cámara. . . Fue el Presidente de la misma quien lo rompió para anunciar la lectura de una tercera nota del Ejecutivo.

Ante el estupor general, el Presidente ordenaba retirar del conocimiento del alto cuerpo los asuntos pendientes. Con los nervios alterados, ante la clausura de las sesiones extraordinarias, se levantó la sesión y los legisladores se fueron a sus casas sin chistar.

Mientras tanto, varios planes revolucionarios habían fracasado por diferentes motivos. Un día, en Puntarenas, fue capturado un individuo que traía unas candelas de dinamita por encargo de Víctor Manuel Castro, hombre de confianza de Rogelio Fernández, ya sospechoso de la policía. Castro cayó en poder de las autoridades, y le fue encontrada una libreta con todos los nombres de los conjurados y otros datos comprometedores.

Rogelio Fernández había permanecido escondido en un rancho en las montañas de Patarrá, y después se refugió en casa de don Ezequiel Alvarez, carretera a Heredia. Una noche se aventuró a salir de su escondite para entrevistarse con don José Raventós en casa de don Tomás Soley. Terminada la reunión, Rogelio tomó un automóvil. Dos minutos después cayó en la casa la Rural, al mando de un tal Petrita. Apresaron a Soley y siguieron tras la pista del vehículo, lo que no era difícil en vista de los pocos autos que había en esa época.

Fernández Güell pudo llegar a su casa, saludó a sus familiares y huyó saltando tapias hasta llegar a casa de un ciudadano español de apellido Penón. De allí salió a pie, atravesando la ciudad hasta alcanzar la residencia del Dr. Figueres, del brazo de la señora de Penón, despistando a sus perseguidores.

El doctor en su automóvil lo acompañó a Curridabat, donde encontró la hospitalidad del presbítero español Ramón Junoy. (87)

Pero, dejemos a Fernández Güell conspirador, para ocuparnos, brevemente, del intelectual y el literato.

El 5 de setiembre de 1917 ingresa a la Logia Masónica Hermes 7, presentado por su primo, don Tomás Soley Güell. Tanto su padre como su suegro habían sido masones y desde muy joven, en México, Rogelio Fernández había participado en sociedades masónicas. Aquí alterna con otros intelectuales nacionales como don José Fabio Garnier, Andrés Boza Cano, Moisés Vincenzi, Rogelio Sotela, Jaime Gálvez, Daniel Ureña, don Tomás Povedano y otros. No podía ser ajeno Fernández Güell a la masonería que, en el siglo anterior, había ejercido gran influencia en el movimiento liberal y antes había jugado papel tan importante en las causas de la independencia. Masones fueron San Martín, Bolívar, Washington, y lo sería también, Rogelio Fernández, hijo espiritual de estos patriotas.

En medio de las zozobras del perseguido político, Rogelio Fernández tuvo tiempo para escribir tres composiciones que fechó en enero de 1918, por lo que bien pueden considerarse su última producción literaria. Son, el poema "La Leyenda del Cíclope", que dedica a su primo hermano y entrañable amigo, don Tomás Soley Güell, y que es una fantasía sobre el Volcán Irazú. "Lola", romance de costumbres nacionales que editará póstumamente don Tomás. Como lo dice el prologuista, esta última no tiene, a pesar de sus innegables bellezas de forma y fondo, el alto mérito de otras composiciones suyas. Es una tragedia campesina. El tenorio que roba a la novia, muere como contrabandista, herido por uno de los guardias que resulta ser el padre de Lola, la bella muchacha campesina.

Curiosamente, el paisaje que describe el poeta en esta composición —Santa María de Dota, el Cerro de la Muerte y el Valle de El General—, será el escenario de sus últimas andanzas y el itinerario que recorrerá muy pronto, seguido ya muy de cerca por la muerte. (88)

El último escrito es el Testamento Literario del poeta y escritor, valioso material de referencia que deja para la posteridad Fernández Güell. En él dice Rogelio que intentó en Barcelona publicar una selección de sus poesías, pero que el volumen de prueba que se le envió a Baltimore contenía tantas erratas que no autorizó su publicación. El único ejemplar que posee queda en poder de su señora. (Este único vo-

lumen de poesías posteriormente fue confiado por la esposa del poeta a don Tomás Soley Güell, quien lo editó en 1918, ya muerto el autor, junto con otros poemas, y la promesa de editar los restantes en un segundo tomo que nunca llegó a publicarse).

Habla también Fernández Güell, en su testamento literario, de sus intenciones de agrupar sus mejores artículos desparramados en periódicos y revistas de Costa Rica, España y México, en un volumen que titularía "Chamarasca".

Entre sus proyectos literarios también menciona sus intenciones de escribir una novela histórica sobre un episodio de la vida de Morazán en Costa Rica y otra novela, "muy humana y muy divina: "Incesto", título inevitable, aunque existe una obrita de E. Zamacois con ese título: pues el tema así lo exige. En esa novela —dice Rogelio Fernández— por una curiosa paradoja, lo moral venía a ser precisamente lo inmoral, y viceversa. El difícil problema se desenlazaba, como dejo dicho, del modo más humano. . . y divino posible".

Finalmente, con modestia dice el autor: "En resumen: he escrito mucho; he proyectado más; y sólo lamento desaparecer antes de haber hecho algo que valiera la pena. . ." (89)

¿Por qué escribe Rogelio Fernández este raro documento donde habla a la posteridad de sus proyectos, los que siente que no podrá realizar?. ¿Presentía el espiritualista la cercanía de su muerte?. Sabía que estaba a punto de embarcarse en una aventura peligrosa, que bien podía ser la última de su azarosa vida.

Capítulo X

LA ULTIMA AVENTURA DE UN QUIJOTE

“Mi honda lanzó contra ella todas las piedras que encontró a la mano; y si me hubiera faltado algún guijarro para hacer el último tiro, en la honda habría colocado un como guijarro temblante mi propio corazón”.

R.F.G., reproducido por “*La Tribuna*”, 1^o de julio de 1920.

17 hombres en busca de su destino

Rogelio Fernández Güell permanece oculto varios días en la casa del Presbítero español Ramón Junoy, Párroco de Curridabat y enemigo declarado de los Tinoco. Está dos semanas a la espera de noticias de los revolucionarios que se encuentran en Panamá, pero temiendo ser descubierto y no dando señales de vida los Volio, llama a don José Raventós para darle instrucciones de que avise a sus amigos de San José y del interior del país, que el viernes 22 de febrero comenzará la revolución. ¡Su revolución!

En vano algunos amigos le recuerdan que ninguna revolución ha triunfado en Costa Rica, sólo los golpes de Estado. Le hacen ver la suerte que corrieron Mora y Cañas, y le proponen buscar la ayuda de México, donde tiene buenos amigos, ahora que gobierna don Venustiano Carranza. Pero otros le dicen que cientos de hombres, en todo el país, se levantarán en armas a su llamado.

El 21 de febrero al ser la una de la tarde salen dos sacerdotes a caballo de la Villa de Curridabat: el Padre Junoy y el Padre Emilio Miró —quien no es otro que Rogelio Fernández con sotana— rumbo a Desamparados. Pasan luego a Alajuelita y de allí parten para Santa Ana, punto clave de

la conspiración, adonde llegan al caer la tarde. En la Casa Cural los recibe el Padre Manuel Zavaleta, cura de la parroquia y ardiente revolucionario. Se manda a avisar a los comprometidos. ¡La hora de la revolución se acerca!

Don José Raventós, un comerciante español amigo de los revolucionarios, en su negocio de cafetería, les ha entregado a cada uno de los conjurados un revólver con unas pocas balas, y les ha dado el santo y seña con que deben identificarse a la entrada de Santa Ana. El punto de reunión es la casa de los Zamora, vieja mansión solariega que a la entrada de la población es escoltada por una fila de corpulentos higueros. Los revolucionarios van llegando uno por uno y son conducidos a la presencia del jefe; pero al ser las doce de la noche sólo 16 conspiradores se han reunido. (90) Fernández Güell siente la primera decepción. ¿Dónde están Castro Ureña, Juan Gómez, Albertazzi y tantos otros? Pero no puede esperar más, y desplegando una bandera tricolor los arenga:

—Soldados republicanos, ¡juráis por esta bandera ser fieles a nuestra causa y pelear por derrocar a los tiranos que la pisotean, aunque os cueste la vida? . . . ¡Que es preferible morir con honor que vivir como siervos. . . !

—Sí, juramos, —contestan a una voz dieciséis hombres que salen tras del Jefe, y se hunden en la noche, en busca de su destino.

Todos se habían vestido de rurales con los uniformes que había confeccionado el sastre Joaquín Porras, quien a última hora decidió partir con el grupo y tuvo que hacerlo con su traje negro de casimir.

El plan de Rogelio es muy audaz: tomar por sorpresa el puerto de Puntarenas.

Al mismo tiempo diferentes grupos revolucionarios se alzarán en todo el país. Con el puerto en manos de los revolucionarios, piensa que la revolución se extenderá por todo el territorio nacional. ¡Quimeras de idealista!

Los dieciséis hombres salen sigilosamente de Santa Ana y doblan por Los Pozos, camino a San Antonio de Belén; mientras tanto, Orontes Gutiérrez Rivera, Superintendente del Ferrocarril en Barranca, llega a los patios de la estación de San José, muy temprano de la madrugada y se apodera del tren que sale todas las mañanas a dejar trabajadores a lo

largo de la línea férrea.

Al clarear el día, en San Antonio de Belén, la pequeña tropa comandada por Fernández Güell sube al tren que sigue rumbo al Pacífico.

Y amanece el 22 de febrero de 1918. ¿Qué va pensando Rogelio Fernández Güell, mientras el tren devora kilómetros de línea?. ¿Recuerda que precisamente hoy, hace seis años murió trágicamente su entrañable amigo, don Francisco I. Madero, el héroe mexicano?. Un mal presentimiento ha pasado por su cabeza. No es un buen augurio esta fecha tan triste para él; pero los soldados no deben pensar: ¡Deben actuar! . . .

Al llegar a Río Grande se encuentran con que dos centinelas custodian el puente; pero el tren va con "rurales", en tiempos que la movilización de retenes es cosa de todos los días. El tren se detiene y los soldados, al acercarse, ante su asombro, son hechos prisioneros. Inmediatamente después ocupan el telégrafo y se encaminan a tomar el cuartel que se encuentra a pocos metros de la estación. El segundo comandante, un salvadoreño, estaba de antemano de acuerdo con entregar la pequeña guarnición, que, tomada de sorpresa, se rinde sin ofrecer resistencia.

El Jefe envía a dos hombres a dismantelar el telégrafo de Atenas, porque la sorpresa es parte fundamental de su plan.

Ya van a ser las diez, y Rogelio es avisado de la proximidad del tren de pasajeros que viene de Puntarenas y en el que viajan el General Aguilera, su señora y comitiva. Fernández Güell ordena a su gente prepararse para la captura del militar guatemalteco al servicio del Gobierno.

Cuando llega el tren los falsos rurales lo invaden, armados de rifles, caladas las bayonetas o revólver en mano. Los que no conocen al General, que son la mayoría, preguntan a gritos: —¿Quién es Aguilera?—, mientras los pasajeros miran atónitos y atemorizados aquel espectáculo.

Aguilera, pálido y temblando como un conejo, es hecho prisionero junto con el hermano del Secretario de Hacienda y el Jefe Político de Orotina.

Los prisioneros son conducidos al carro "cabouse" y el Jefe ordena que el resto del tren detenido continúe su marcha, ante la sorpresa y el disgusto de sus compañeros de armas que no lo consideran prudente.



Es un acto de caballerosidad del jefe guerrillero. Nada tienen que ver en esto los civiles. Además confía que la ciudad de San José ya está sobre las armas.

Serían las 10 y 40 cuando los revolucionarios abandonan Río Grande, rumbo a Puntarenas. No saben que el Gobierno ya ha sido avisado del movimiento por el agente del Ferrocarril en Río Grande, quien los ha delatado desde un telégrafo que tiene en su casa y del que nadie sabía.

Más allá, en La Balsa, los revolucionarios encuentran al tren local, y ordenan a su conductor formar parte del convoy, lo que hace sin oponer resistencia.

En Escobal los espera Poncho Mora con su cuadrilla de peones. Es un capataz, empleado de toda confianza del Ferrocarril y uno de los comprometidos en la revolución.

Pronto aparecen las primeras casas de la Villa de Orotina, centro comercial de gran movimiento al paso de los trenes. Cuando llegan los rebeldes se produce una gran confusión: mientras unos los aclaman, otros cierran las puertas de sus casas y observan prudentemente los acontecimientos; pero, en general, el pueblo de Orotina batió palmas por Fernández Güell y sus hombres.

Aquí se les une el Padre Salomón Valenciano —el Padre de la Pelota, como le dice la gente por una verruga que tiene en la nuca—.

Rogelio nombra nuevas autoridades, y pierde minutos preciosos. Imparte órdenes y organiza el gobierno local, aunque no es el momento oportuno para hacerlo.

Y gran desilusión y malestar causa entre la tropa, cuando observan que el Jefe, incapaz de hacer daño a nadie, busca un lugar cómodo y seguro para el principal prisionero, a quienes todos quieren ver colgado en uno de los higuerones de la plaza, para escarmiento; pero Aguilera ha jurado a Fernández Güell permanecer neutral y el capitán de los rebeldes cándidamente cree en la palabra del pérfido extranjero.

En Coyolar se encuentran con otro tren de carga, y la máquina Nº 4 se incorpora al movimiento revolucionario.

El convoy de la revolución, a estas alturas, se compone de tres trenes, que encabeza la máquina Nº 4 que marcha hacia atrás.

Más allá de Coyolar, en El Pozón, la máquina Nº 4 que viene adelante, pero conducida marcha atrás, descarrila al

entrar en la curva a gran velocidad. Se produce entonces una gran confusión. Rogelio Fernández propone seguir a pie hasta Puntarenas, pero Poncho Zúñiga calcula que en un par de horas la locomotora puede estar de nuevo montada en la vía y se pone a trabajar con su cuadrilla.

Hace un calor sofocante, y el potrero arde. Son las quemadas de marzo que levantan un denso humo que dificulta la respiración.

Ha transcurrido cerca de una hora cuando el Padre Valenciano grita que viene un tren.

Nadie más lo había advertido. El tren viene avanzando muy despacio y silenciosamente. El Padre que se adelantó a la curva, llega dando voces: se trata de un tren armado.

—Coronel, —le dice a Fernández Güell— ¡debemos prepararnos!. Un visible malestar se apodera del Jefe.

—¿Qué le pasa, está enfermo? ¿Quiere que yo dé las órdenes?, — le pregunta el bravo cura.

—No, no es nada, es que yo no pensé que llegaría este momento. . . repuso Rogelio, al comprender de repente que su plan ya había sido descubierto. Ya no será posible tomar el puerto por sorpresa.

Y apresuradamente da las órdenes, dispuesto a todo.

El tren enemigo avanza cautelosamente. En vagones de cajón vienen los soldados: son campesinos armados, con una cinta roja en el sombrero por distintivo. Vienen al mando de los Tenientes Coroneles Roberto Tinoco y como segundo Juan Bautista Quesada, Comandante de la Segunda Sección de Policía de San José, que se encontraba en el puerto.

Tinoco es el primero en echar pie a tierra, revólver en mano, seguido del Cholo Quesada.

Del campo rebelde gritan: —Alto ahí, ¿quién vive?.

Tinoco, sin esperar que toda su tropa salga de los vagones, responde: — ¡Viva el Gobierno de Tinoco!! — mientras dispara al aire su revólver.

Comienza el tiroteo. Los revolucionarios divididos en tres secciones, forman un semicírculo: unos detrás de la máquina descarrilada, otros a la izquierda y a la derecha de la vía, parapetados en un accidente del terreno.

En la balacera caen heridos un oficial y Quesada, apenas al bajarse del vagón. El Teniente Coronel es metido de nuevo en el tren que comienza a echar marcha atrás. El enemigo se retira con tres bajas: un muerto y dos heridos, entre éstos

Juan Bautista Quesada quien fallece esa noche. (91)

Pasado el combate, Rogelio Fernández sale de una zanja ahogándose de un ataque de asma. Faltan cinco revolucionarios. Se cree que pueden haber caído heridos, pero resultan ser los primeros desertores.

Fernández Güell con su gente regresa a Orotina, en tren. Inútilmente trata de convencer a sus compañeros de armas a pasar a San Ramón, donde les asegura que la revolución tiene 200 hombres en pie de guerra. Pero no le hacen caso. Las cosas no han salido como pensaron y desconfían. Cabizbajo, el jefe se dirige a una pulpería y compra algunas vituallas para emprender la retirada. ¡La revolución ha fracasado!

Mientras el Padre Valenciano, con un grupo de alzados, es capturado a la altura de Cascajal sin oponer resistencia, Fernández Güell se viene a pie por la línea hasta encontrar un camino que, por Hacienda Vieja, los llevará a Santiago de Puriscal. En el Paso de la Lumbre atraviesan el Río Grande de Tárcoles en la barca, a la que cortan las cuerdas para cubrir su retirada.

Rendidos por el cansancio los hombres pernoctan debajo de unas carretas en la otra orilla del río, y al amanecer del día siguiente, emprenden la marcha requisando las bestias de los campesinos que encuentran, hasta llegar a Santiago.

A medio día arriban a Santiago. Desde el balcón de la Jefatura Política Rogelio Fernández arenga a los vecinos con su elegante oratoria, pero obtiene por respuesta un silencio hostil: fácilmente aquellos campesinos desconfiados han visto en la cara de los patriotas el desaliento de la derrota.

Dice don Domingo Rivera Altamirano, el más joven de los alzados, que aún vive, que Fernández Güell le puso en Santiago de Puriscal un telegrama al Presidente de la República, desafiándolo —cuyo texto no se conoce— y de allí continuaron la retirada hacia San Cristóbal Norte, hasta alcanzar la finca de Ricardo Rivera, otro de los compañeros de armas, adonde llegan, extenuados, después de tres días de marchas forzadas.

Habían logrado eludir a la policía, cruzando de Vuelta de Jorco a San Cristóbal por una vereda que Chayo —como le dicen a Rivera—, hombre andarín, conoce bien.

Al llegar, Rogelio Fernández abraza a la esposa de su amigo y le dice: —Elisa, ¡todo se ha perdido! Todo, menos el honor. . .

En la finca pasan escondidos varios días. Las bestias son escondidas en un potrero, arriba en el cerro, y las ropas y monturas enterradas. Los doce revolucionarios se ocultan en un montecillo vecino, donde pasan el día en los árboles copudos, y de noche duermen en el trapiche o en la pura montaña si hay peligro.

La esposa de Rivera está en compañía de su pequeña hija, Agripina, y de la señorita Gabella Monge. Un día llega Patrocinio Araya con su tropa e intimida a las dos mujeres. Las ultraja, y le pone el revólver en el pecho a doña Elisa. Pide de comer y como la señora de Rivera se niega, ordena amarrarla y saquear la casa; se llevan 525 pesos, dos buenas bestias y alhajas por valor de dos mil colones. Después siguen llegando diariamente.

Ricardo Rivera se aventura, disfrazado, a ir a Cartago a averiguar si son ciertas las noticias de que la ciudad se ha levantado en armas, lo que resulta mentira. Entretanto llega Petrita, de la policía, y ante la vista y paciencia de los revolucionarios se lleva sus caballos, sin que aquellos puedan hacer nada para no delatarse.

Fernández Güell comprende que no puede permanecer allí más tiempo y reuniendo a sus hombres decide seguir con los más resueltos, y les dice:

—Muchachos, voy a entregarme para que me fusilen. ¿Hay quien me siga?.

Ricardo Rivera, sin titubear contesta:

—Mi jefe, ¡yo muero con usted!. (92)

El ejemplo de Rivera es secundado por Jeremías Garbanzo, Salvador Jiménez y Joaquín Porras. A los otros, les reparte dos colones a cada uno, una cobija, un vestido y un plano, para que no se pierdan, y los despide con un abrazo.

Rogelio, enterado de que su amigo Carlos Sancho, quien se había alzado en Cartago, ha huido para El General y posiblemente trate de alcanzar la frontera panameña, decide seguir sus pasos.

Es necesario abrir un paréntesis para indicar que, cumpliendo la consigna de Fernández Güell, el 22 de febrero se habían levantado en armas algunos pequeños grupos en todo el país. Los más importantes fueron los de Turrialba y San Ramón. También se levantaron algunos hombres en Santa Ana, Escazú, Ochomogo y Quircot de Cartago. Pero todos

se dispersaron o fueron tomados prisioneros a raíz del fracaso del alzamiento de Fernández Güell.

De rebeldes a mártires.

Volvamos adonde Rogelio Fernández y sus compañeros que dejamos huyendo por los peores caminos y dando mil rodeos para evitar un fatal encuentro con la policía. Al llegar a Frailes están a punto de ser sorprendidos por la Guardia Rural al mando de Patrocinio Araya, viéndose obligados a abandonar sus cabalgaduras e internarse en la montaña para burlar a sus perseguidores.

En Copey contratan a un baquiano para que los lleve hasta El General. El Cholo Aureliano Gutiérrez por veinticinco pesos, y más que todo por su espíritu de muchacho aventurero, dejó su trabajo de peón agrícola y accedió, sin vacilar, a conducir a aquel pequeño grupo de cinco "cazadores" con escopetas y una pequeña ametralladora, por el trillo de a pie, de Copey hasta San Isidro de El General. (93)

El primer día de camino transcurre sin novedad. Como a las ocho de la noche llegan al refugio de Ojo de Agua donde descansan. Muy temprano, como a las cuatro de la mañana, emprenden el viaje hasta San Isidro de El General. Ya al anochecer divisan el pequeño caserío donde hoy se levanta la pujante ciudad de San Isidro. En dos días han recorrido el gran trepón de Copey hasta el Cerro de la Muerte, devorando kilómetros y volviendo la mirada a menudo, con el temor de verse perseguidos.

En San Isidro, don Patrocinio Barrantes les da de cenar y un buen sitio donde pasar la noche.

Al día siguiente, muy de mañana, salen para General Viejo donde al llegar, se enteran de que ya los han delatado y que el agente de policía ha salido con rumbo a Buenos Aires para informar de la presencia de los guerrilleros. Pero la suerte está echada y se hospedan donde don Juan Marín, el hombre rico del pueblo, quien los atiende gentilmente y les prepara bestias y provisiones para la jornada siguiente; pero enterado Fernández Güell de que su amigo Carlos Sancho está preso y aprovechando la ausencia de la autoridad, van a la cárcel y a culatazos rompen la puerta de la frágil celda y liberan a Sancho.

Al verse libre Carlos abraza a sus libertadores. Todos

celebran jubilosamente el encuentro, y algunas lágrimas de emoción asoman a los ojos de estos hombres a quienes un destino incierto ha unido.

Pero el baquiiano no conoce el camino más allá de General Viejo, y saben que el enemigo los espera en Buenos Aires. Sin embargo, parten con la esperanza de dar un rodeo y alejarse hasta donde sea posible del centro de la población. Ese día la marcha es más lenta y llena de dificultades, hasta que llegan de noche a una pequeña ranchería llamada Volcán.

En un rancho encuentran a un muchachito abandonado. Los mayores habían huido hacia la montaña cuando notaron la presencia de los fugitivos, para no comprometerse.

En Volcán esperan, inútilmente, unas horas la llegada de un chiricano que debía conducirlos a la frontera panameña; pero como el hombre no cumpliera su palabra, deciden marchar hacia Buenos Aires, en busca de la ansiada frontera. Caminan todo el día y no descansan sino unas pocas horas en la noche para continuar la marcha antes de la una de la mañana. Al amanecer del día 14 doblan a la izquierda de la vereda con el fin de evitar pasar por el centro de la población, en cuyas inmediaciones se encuentran ya. Pero se extravían por la oscuridad de la noche, lo tupido de la selva y el desconocimiento del terreno. En un rancho desocupado que encuentran comen unos plátanos y dormitan un poco.

Entretanto, el Jefe Político del Cantón de Osa que ha recibido órdenes muy precisas de capturar a ciertos revolucionarios fugitivos que debían pasar por Buenos Aires, para cumplir esa misión se traslada con un reducido retén a Boca de Limón, lugar estratégico vecino a la frontera panameña. El día 13 había llegado a Buenos Aires, en marcha precipitada, el Agente de Policía de El General con la noticia de que a ese lugar habían llegado siete revolucionarios bien armados, y que teniendo que salvar su vida se ha visto obligado a abandonar a Carlos Sancho, otro revolucionario en fuga que había capturado días antes. Los vecinos de Buenos Aires se preparan a "capturar" a los fugitivos, captura que desde el principio han entendido por matanza; llaman al Jefe Político a Boca de Limón, y se disponen a esperar la llegada de los revolucionarios.

Por si cabía alguna duda, al día siguiente, el jueves 14, a las siete de la mañana, llegó un coronel de San José a la cabeza de once policías y veinte reclutas de El General y

otros lugares vecinos. Era Patrocinio Araya, fiel amigo y hombre de toda confianza de los gobernantes.

Y amaneció el viernes 15 de marzo, sin novedad. Muy cerca del pelotón de caza, Fernández Güell y los suyos despiertan muy temprano y se disponen a seguir su camino. Salvador Jiménez se desespera y dice resueltamente:

—Debemos salir de aquí y enfrentarnos con la muerte, si es preciso. ¡La vida o la muerte! . . . —mientras recoge su arma.

El Jefe pide calma y reemprenden la marcha. Habían pernoctado cerca de la vega del Río Ceibo, en un campo dividido en muchas parcelas alambradas, cruzado por una red de caminos que forman un laberinto. Tratan de avanzar esquivando el paso de la población, y encuentran un sandillal. Están saciando la sed comiendo de las frutas, cuando aparece una pareja de muchachos campesinos que huyen al verlos.

Sancho los detiene. Rogelio Fernández les pregunta si hay gente armada en el pueblo. La respuesta es negativa. Poco rato después se encuentran con un chiricano: es el padre de los muchachos. Le ofrecen ₡ 200.00 si los sacan a la frontera. Santos Vázquez se niega, pretextando ser extranjero y no querer líos políticos. Entonces lo obligan a caminar con ellos “ . . . puesto que en aquella resistencia sólo había el miedo del campesino, miedo que se oponía a nuestra salvación”, relataría después Salvador Jiménez.

Habrían caminado unos diez o quince minutos cuando en un recodo de un trillo se aparecen dos hombres, a caballo, armados de carabinas, que vuelven grupas al verlos, despareciendo entre el monte: son el turco Ibarra y otro vecino; pero ya el indio Nazario Vidal los ha descubierto y ha corrido a dar aviso a la tropa. Araya y su gente, en número de cincuenta, apresurada y desordenadamente, se dirige a la vega del río. Son 50 hombres bien enterados de su misión, ávidos de matar, quienes se lanzan a dar caza a siete fugitivos, cansados y hambrientos, que tratan de evadir el combate y sólo desean desesperadamente alcanzar la frontera, único lugar donde estarán a salvo.

Han recorrido más de 500 kilómetros, a pie y a caballo, durante veinte días, después de la aventura de El Pozón, hu-

yendo todo el tiempo de un enemigo del que saben que sólo pueden esperar la muerte. De la tierra baja y caliente del Pacífico han atravesado la mitad del país, hasta las frías montañas de la Cordillera de Talamanca.

Salvador Jiménez se adelanta al grupo. De pronto, ve venir dos hombres armados. Se oculta y les sale al paso encañonándolos. Los dos hombres le entregan sus armas, cuando se escucha una detonación. Salvador se lleva las manos al pecho y cae herido. De entre los matorrales surgen soldados armados con rifles. Joaquín Porras coloca un pañuelo blanco en el cañón de su arma y la levanta en señal de rendición, pero obtiene como respuesta, en medio de gritos salvajes y soeces imprecaciones, una descarga de fusilería.

Después de Salvador Jiménez caen, Joaquín Porras, sin tener ya tiros en su carabina y Rogelio Fernández Güell, con una rodilla destrozada por una bala.

Las balas siguen silbando, sin que puedan ver quiénes las disparan, hasta que un grupo de siete u ocho hombres se acerca disparando. Viene al frente de ellos un cabecilla de Policía, Yayo Rodríguez, quien acercándose a Joaquín Porras, a boca de jarro, le destroza la mandíbula inferior de un balazo. El pobre hombre trabajosamente balbucea que lo acaben de matar, y es acribillado a balazos.

Mientras tanto llega Patrocinio Araya, quien reconociendo a Fernández Güell, se le acerca amenazadoramente. Aquel hombre sangrante e indefenso, porque ha arrojado lejos de sí su arma, increpa al villano:

— ¡Si me matás, sos un cobarde!

Por respuesta Araya le dispara, y hace blanco en la garganta del jefe de los revolucionarios. Luego, acercándosele, lo remata con cuatro balazos más, y removiendo con el pie a su víctima, le dice:

— ¡Ya caíste en mis manos, hijo de p. . !

Después, desenvainando su machete corta un mechón de cabellos de aquella noble cabeza y los envuelve en un pañuelo.

Mientras esto sucede, Jeremías Garbanzo, Ricardo Rivera y Carlos Sancho, corren a esconderse en un matorral cercano al río, pero hay emboscados catorce esbirros que les mandan hacer alto. En calidad de prisioneros son llevados adonde está el grueso de la tropa; pero les sale al encuentro el policía Camilo Quirós, quien con otros secuaces descarga

sus armas contra aquellos infelices indefensos. Aprovechando la confusión el baquiano huye, pero es capturado inmediatamente.

La escena que sigue es el saqueo de los muertos y moribundos por la soldadesca. A Fernández Güell le substraen de los bolsillos sus documentos, el reloj y quinientos colones. Otro le corta un dedo para robarle el anillo, y el resto lo despoja de algunas ropas. A Joaquín Porras le roban el reloj y los pantalones, y a Salvador Jiménez, creyéndolo muerto, porque de lo contrario lo habrían rematado, le roban ₡ 250.00 y por último lo dejan casi desnudo. ¡Hasta al Cholo Aureliano Gutiérrez le roban aquellos forajidos, sus alforjas!

Aureliano Gutiérrez prisionero, Salvador Jiménez mal herido y los demás muertos, son conducidos a Buenos Aires. (94)

Este fue el fin de la trágica aventura de siete hombres valientes que se atrevieron a desafiar a la tiranía. El calvario de estos hombres, cansados y derrotados, había durado veintiún días. ¡Veintiún días huyendo de la muerte!

Al cabo de los años no puede menos que pensarse que fue una aventura ingenua y romántica la de Fernández Güell. Más que un desafío al régimen, fue una jugada de azar la de Rogelio. Creyó que la historia novelesca de la ascensión al poder de su ídolo, Francisco I. Madero, se repetiría en él; ¡pero sólo se repitió su trágico fin!

Pero hay algo más que es evidente: Rogelio Fernández Güell quiso reivindicarse. Su amistad, su colaboración inicial con los tiranos, hicieron rebelarse su conciencia de hombre de honor. ¡Y quiso lavar su pecado original jugándose el todo por el todo en aquella absurda aventura, que, a la postre, fue la última aventura de un quijote!

Una vida es un relámpago en la eternidad.

Varias fotografías de nuestro héroe lo muestran, ya cercana la época de su muerte, como un hombre de noble y varonil rostro, donde sobresalen sus ojos vivos de profunda mirada, como queriendo escrutar el más allá que lo obsesionó tanto. De amplia frente, extraordinariamente pensativa, rematada por una prematura calvicie que lo hace representar más edad de la que realmente contaba. Pequeño de estatura,

pero de porte distinguido, elegante y pulcro vestir.

Dicen que tenía ojos verdes, tez blanca y cabellos rubios, que revelaban su sangre hispánica, pero los retratos en blanco y negro que han llegado a nosotros, nos hacen evocar la imagen de José Martí; sin embargo, más que cualquier parecido físico con el apóstol cubano, es mayor la semejanza en el alma de artista y en la honda convicción de sus ideales, por los que también moriría de "cara al sol", el que fue igualmente periodista, escritor, que de vez en cuando, también "echaba sus versos del alma". Vidas paralelas, dignas de ser cantadas por Plutarco, a la par de los héroes griegos y romanos que inmortalizara su pluma.

Una vez nuestro biografiado escribió: una vida es un relámpago en la eternidad. Pero su breve tránsito por la tierra fue más que un relámpago, un rayo que cayó del cielo y alumbró con luz enceguedora su paso terrestre. Un trueno que, con potente voz e inspirado verbo, habló y escribió con fe de predestinado, de sus ideales y de sus inquietudes.

Los años pasados nos permiten admirarlo en toda su grandeza, con la perspectiva que da el tiempo y el espacio. En toda su dimensión de ciudadano universal, de librepensador y de hombre de acción al servicio de sus afanes.

Es hora de que rescatemos del olvido a Rogelio Fernández Güell y honremos su memoria. Uno de los constructores de la democracia patria y uno de los pocos mártires de nuestra causa republicana. ¡Un artista de la pluma y uno de los quijotes de nuestra tierra!

Buenos Aires: un rústico monumento marca el sitio trágico donde cayeron abatidos por las balas.



Capítulo XI

LA YEDRA HA VENCIDO AL LAUREL

Rogelio Fernández Güell y sus compañeros de infortunio fueron sepultados en el humilde camposanto de Buenos Aires. Y aquellos versos que escribiera el poeta en Barcelona, en 1904, y que dejara en el regazo de su amada: "Cuando yo muera", cobraron una dolorosa vigencia:

 Cuando pague tributo a la Natura
 y mi espíritu vuelva a su morada
 si tú existes aún, mi dulce amada,
 dame al pie de algún árbol sepultura.

Los restos del poeta y la madre tierra se abrazaron para siempre.

 En mármóreo sepulcro no me entierres,
 que es lujo y necedad la humana pompa;
 no podrás impedir que me corrompa
 aunque en caja de sándalo me encierres.

En el sitio trágico donde cayeron abatidos por las balas de Patrocino Araya y sus secuaces, en una calle de piedra que debe tener alguna semejanza con el camino del Calvario, y que serpentea la población en busca del río, a la sombra de un árbol, se encuentra un rústico monumento levantado por contribución popular.

 Más prefiero ser fruto sazonado
 que flor para los ángeles nacida;
 en vez de grata esencia, ser comida,
 y ofrendarme hecho pan al desgraciado.

En la piedra hay una inscripción que dice: "Aquí cayeron el 15 de marzo de 1918, en lucha valiente por la libertad

de Costa Rica, Rogelio Fernández Güell, Carlos Sancho, Joaquín Porras, Jeremías Garbanzo, Ricardo Rivera. La patria no olvidará nunca su memoria”.

Dame al pie de un árbol sepultura,
do pudriéndome al borde de un camino,
calme el hambre y la sed del peregrino
y le brinde frescor mi verdura. (95)

En la Catedral Metropolitana una multitud, consternada y silenciosa, se reunió en los funerales que parientes y amigos le rindieron como postrer homenaje al héroe y sus compañeros de la última aventura. El poeta Rubén Coto, en el atrio de la iglesia, se atrevió a pronunciar una breve y fulgurante oración fúnebre:

“... ¡Gallardos paladines del más noble humano esfuerzo, campeones del Derecho, quijotes en acción, Jesucristos en el martirio, víctimas del crimen y de la ignorancia! Costa Rica unánime, consternada y agradecida, bendice vuestra memoria; y los que os han amado, y los que os han comprendido, prometen desde este momento hacer de vuestros nombres bandera, como el más cumplido homenaje a la justicia y a la patria irredenta que os llora dolorida”... (96)

Fechaado en Madrid el 18 de marzo de 1918 —tres días después de la tragedia—, se recibió un documento donde el Secretario de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, Sección de Madrid, don José María Gamoneda, le comunicaba a don Rogelio Fernández Güell que la Junta General celebrada el 15 de ese mes, lo había nombrado Académico correspondiente, a propuesta de los señores don Juan Ignacio Gálvez, don Rodolfo Reyes y del mismo Secretario, “en atención a los méritos y circunstancias que en V. S. concurren”. (97)

Por iniciativa de la Municipalidad de San José, en los últimos días del año 1919, la Avenida Central fue bautizada con el nombre de Rogelio Fernández Güell, y la Calle Central con el de Alfredo Volio Jiménez, el malogrado primer jefe de la revolución contra el régimen. Lamentablemente, hoy nadie llama por esos nombres ilustres a las dos principales vías de la capital.

Dos escuelas, la de Ciudad Colón y la de Buenos Aires, llevan el nombre del héroe.

Don Cleto González Víquez, reclamó a nombre de la viuda de Fernández Güell, \$ 4.322.15 en oro americano y ₡ 15.792.29, como acreedora de los derechos de su esposo en la imprenta de "El Imparcial" La Administración Tinoco pagó únicamente ₡ 30.000.00 a doña Rosa, como cancelación de su reclamo, que ella se vio forzada a aceptar en su deseo de regresar a España con sus hijos. La señora nunca volvió a Costa Rica y murió en Barcelona en 1953, a la edad de 74 años. (98)

Cinco años después del alevoso asesinato, y ya habiendo caído el régimen tinoquista, por iniciativa de los maestros y obreros, fueron trasladados de Buenos Aires a San José, los restos de Rogelio Fernández Güell y sus compañeros. En la Catedral Metropolitana se les tributó un solemne homenaje al intelectual, a los tres agricultores y al artesano, quienes con el sacrificio de sus vidas habían encendido el fuego de la rebelión contra la tiranía. El Presidente de la República, don Julio Acosta, y su gabinete encabezaron los actos. En nombre del Poder Legislativo habló el Lic. Arturo Volio Jiménez, el Lic. José Albertazzi Avendaño en representación del Poder Judicial y el General Jorge Volio Jiménez lo hizo por los obreros.

Albertazzi Avendaño exaltó la memoria del héroe, terminando su alocución con las palabras del poeta: "Un bel morir, tutta una vita onora". (99)

Las palabras de Jorge Volio fueron fulminantes: "... Yo no he venido aquí a hilvanar bellas y sonoras frases; yo soy en este momento la conciencia nacional que pide justicia y pide cuentas a la revolución". El discurso del General no gustó a muchos. (100)

Desde entonces los restos de los héroes descansan en un mausoleo en el Cementerio Central, a los que se agregaron después los huesos de Marcelino García Flamenco, el honrado maestro de Buenos Aires que denunció el crimen. Pero la ruina y el olvido se han adueñado del mármoleo sepulcro donde el poeta no quería que lo enterraran.

Salvador Jiménez Alpízar, después de crueles sufrimientos, sanó, y apenas pudo se fue a unir a los revolucionarios que combatían el régimen desde Nicaragua, en una aventura que contaremos en otra oportunidad. Aquel hombre indoma-

ble y valiente, al que no pudieron abatir las balas de los sicarios, murió en 1948, en su cama, víctima de la enfermedad.

Aureliano Gutiérrez vive aún, viejo y achacoso, pobre y olvidado, y de vez en cuando vuelve a relatar aquella aventura, comenzando siempre con las mismas palabras: ¡yo presencié la muerte de Rogelio Fernández Güell!

Los tres hijos de Rogelio Fernández Güell pelearon en la guerra civil española, en las filas republicanas. El menor, Luis, murió mientras guardaba prisión en Barcelona, víctima de la represión oficial, tiempo después de terminado el gran conflicto. Juan Rogelio y Federico, fueron arrestados, y el primero, por gestiones del Gobierno Norteamericano, fue devuelto a ese país, adonde había nacido. Actualmente ambos viven en Palma de Mallorca, Islas Baleares, España, guardando con amor filial la memoria de su ilustre padre.

Diciembre de 1977.



1923: En la Catedral Metropolitana se les tributó un solemne homenaje...



BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

- (1) **MARCELINO GARCIA FLAMENCO**, "*Para la historia de Costa Rica. El asesinato político del ex-director de El Imparcial y Diputado al Congreso don Rogelio Fernández Güell, y de sus valientes compañeros, ejecutado por la tenebrosa tiranía de los Tinocos*", Star and Herald, 1918, Panamá, págs. 2 y 3.
- (2) *Ibidem*, pág. 4.
- (3) *Ib.*, pág. 8.
- (4) **DIARIO DE COSTA RICA**, 21 de setiembre de 1919, pág. 2, "*Entrevista con doña Carmen Güell viuda de Fernández*".
- (5) **LA NACION**, 2 de junio de 1968, pág. 3, "*Los grandes troncos de la familia costarricense*", por **Norberto Castro Tossi**.
- (6) **FEDERICO FERNANDEZ GUELL**, "*El Futuro en Vuelo*", 1960, Imprenta Borrásé, San José, Costa Rica, págs. 124 y 125.
- (7) **RAFAEL OBREGON LORIA**, "*Conflictos Militares y Políticos de Costa Rica*", 1951, Imprenta La Nación, págs. 22, 42, 60, 65, 77 y 78.
- (8) **LA REPUBLICA**, 15 de marzo de 1973, págs. 16 y 19, "*Aniversario de la muerte de Rogelio Fernández Güell*", por **LUMEN (don Macabeo Vargas)**.
- (9) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Poesías*", 1918, sin pie de imprenta. Prólogo por Tomás Soley Güell, pág. 11
- (10) *Ibidem*, pág. 9

- (11) **ORLANDO SALAZAR MORA**, "*Máximo Fernández*", Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1975, San José, Costa Rica, págs. 91 a 100
- (12) **EL TIEMPO**, 21 y 28 de junio de 1901, 2 y 7 de julio de 1901, pág. 2
- (13) **EL TIEMPO**, 7 de julio de 1901, pág. 2. "*Pues señor, estamos procesados*", por **Rogelio Fernández Güell**.
- (14) **EL DIA**, 1^o de agosto de 1901, pág. 2
- (15) **LA NACION**, 15 de setiembre de 1951, "*Hace cincuenta años se efectuó el hecho político llamado La Transacción*".
- (16) **EL IMPARCIAL**, 13 de febrero de 1916, pág. 4. "*Historia de un servil*", por **Rogelio Fernández Güell**.
- (17) **EL DERECHO**, 20 de setiembre de 1902, pág. 2
- (18) **EL DERECHO**, 8 de octubre de 1901, pág. 2
- (19) **EL REPUBLICANO**, 26 de octubre de 1913, pág. 2. "*El Caballo de Troya*", por **Perseo**.
- (20) **EL DERECHO**, 6 de noviembre de 1901, pág. 2. "*Sin Bandera*", por **Pascual**.
- (21) *Ibidem*, 28 de febrero de 1902, pág. 2.
- (22) *Ibidem*, 21 de noviembre de 1901, pág. 2. "*Broquel y Espada*", por **Rogelio Fernández Güell**.
- (23) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, *Máximo Fernández ante la historia y ante sus contemporáneos. Ensayo biográfico por Juvenal*", Imprenta Alsina, San José, Costa Rica, pág. 9
- (24) **EL DERECHO**, 8 de enero de 1902, pág. 2
- (25) *Ibidem*, 17 de enero de 1902. "*República*", por **Rogelio Fernández Güell**.

- (26) *Ibidem*, 22 de enero de 1902, pág. 2. “*Enlutemos la bandera*”, por Pascual.
- 27 *Ibidem*, 10 de marzo de 1902, pág. 2. “*Sobre su losa*”, por Pascual.
- (28) *Ibidem*, 6 de marzo de 1902, pág. 3
- (29) *Ibidem*, 15 de octubre de 1902, pág. 2. “*Mi despedida*”, por Pascual.
- (30) EL CENTINELA, 15 de enero de 1904, pág. 1
- (31) EL SIGLO ESPIRITA, Julio 30, 1907, No. 10, Tomo II, pág. 327 y 328. Estrofa de la poesía “*La Visión*”. (Hemeroteca Nacional de México).
- (32) EL CENTINELA, 23 de abril de 1904, pág. 2. “*Una carta de Rogelio*”.
- (33) ROGELIO FERNANDEZ GUELL, “*Poesías*”, ob. cit., págs. 21 a 25
- (34) *Ibidem*.
- (35) *Ibidem*, pág. 10
- (36) RAFAEL BOLIVAR CORONADO, “*Parnaso Costarricense*”, 1921, Casa Editorial Maucci, Barcelona, España, pág. 119
- (37) ROGELIO FERNANDEZ GUELL, “*Poesías*”, ob. cit.
- (38) *Ibidem*.
- 39 EL IMPARCIAL, 8 de febrero de 1916, pág. 1
- (40) EL TIEMPO, 12 de mayo de 1901.
- (41) PAGINAS ILUSTRADAS, No. 66, 29 de octubre de 1905, San José, Costa Rica, pág. 1053
- (42) EL RENACIMIENTO, 9 de marzo de 1919, pág. 1

- (43) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Poesías*", ob. cit., pág. 16
- (44) **REVISTA PANDEMONIUM**, No. 6, Año 1, págs. 494 a 497.
Estrofa de la poesía "*A la Infancia*".
- (45) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Poesías*", ob. cit., pág. 12
- (46) **EL SIGLO ESPIRITA**, 13 de diciembre de 1906, No. 32, Tomo 1, pág. 5
- (47) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Poesías*", ob. cit., pág. 12
- (48) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*La Revolución Mexicana*", 1973, Editorial Costa Rica, San José, Costa Rica, pág. 78
- (49) *Ibidem*, pág. 78
- (50) *Ibidem*, págs. 79 a 81
- (51) *Ibidem*, pág. 82
- (52) *Ibidem*, pág. 83
- (53) *Ibidem*, págs. 83 y 84
- (54) *Ibidem*, págs. 311 y 313
- (55) *Ibidem*, pág. 300
- (56) **HELIOS**, No. 9, enero de 1913, México, pág. 238, (Hemeroteca Nacional de México).
- (57) **HELIOS**, Tomo VII, No. 4, México, agosto de 1912, págs. 73 y 74
- (58) **RAFAEL CARRASCO PUENTE**, "*Historia de la Biblioteca Nacional de México*", 1948, Secretaría de Relaciones Exteriores, Departamento de Información para el Extranjero, México, pág. 13
- (59) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Poesías*", ob. cit., pág. 16

- (60) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Lux et Umbra*", 1911, Tipografía Artística, México.
- (61) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Psiquis sin Velo*" (Tratado de Filosofía esotérica), 1912, Tipografía y Litografía Müller Hnos., México. (Introducc.).
- (62) **ABELARDO BONILLA**, "*Historia de la Literatura Costarricense*", 1967, Editorial Costa Rica, San José, Costa Rica, págs. 258 y 259
- (63) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Poesías*", ob. cit., págs. 319 y 320
- (64) Para el autor fue una sorpresa no encontrar ningún ejemplar de las dos ediciones en la Biblioteca Nacional de México.
- (65) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Episodios de la Revolución Mexicana*", 1914, Imprenta Trejos Hnos., San José, Costa Rica, Dedicatoria".
- (66) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*La Revolución Mexicana*", ob. cit., pág. 208
- (67) **EL REPUBLICANO**, 9 de abril de 1913, pág. 2
- (68) *Ibidem*, 30 de abril de 1913, pág. 2
- (69) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Máximo Fernández ante la Historia . . .*", ob. cit., pág. 5
- (70) **EL IMPARCIAL**, 23 de mayo de 1917
- (71) *Ibidem*, 13 de febrero de 1916, pág. 4. "*Historia de un servil*".
- (72) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*La Clave del Génesis*", 1915, Imprenta de El Imparcial, San José, Costa Rica.
- (73) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Verdaguer y su Obra*", 1915, Imprenta y Fotolitografía Alsina, San José, Costa Rica, pág. 31

- (74) **ROGELIO SOTELA**, "*Escritores y poetas de Costa Rica*", 1923, Imprenta Lehmann (Sauter & Co.), San José, Costa Rica, pág. 430
- (75) **ALFREDO GONZALEZ FLORES**, "*El Petróleo y la Política en Costa Rica*"; 1920, Imprenta y Librería Trejos Hnos., San José, Costa Rica, págs. 55 y 56
- (76) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Plus Ultra*", ó "*La raza hispana ante el conflicto europeo*"; 1917, Centro Editorial en la Unión Intelectual Latino-Americana, Librería de Fernando Fe, Puerta del Sol No. 15, Madrid, España, págs. 1 a 4
- (77) *Ibidem*, págs. 117 a 121
- (78) **EL IMPARCIAL**, 30 de marzo de 1917, pág. 1
- (79) **TRANQUILINO CHACON**, "*Proceso Histórico*", 1920, Imprenta y Librería Falcó & Borrasé, San José, Costa Rica, pág. 153
- (80) **ALFREDO GONZALEZ FLORES**, ob. cit., pág. 55
- (81) **EL IMPARCIAL**, 25 de abril de 1917, pág. 2
- (82) *Ibidem*, 11 de mayo de 1917, pág. 4
- (83) *Ibidem*, 15 de mayo de 1917, pág. 4
- (84) *Ibidem*, 17 de julio de 1917, pág. 2
- (85) **TRANQUILINO CHACON**, ob. cit., pág. 144
- (86) **ANONIMO (Francisco María Núñez)**, "*La Revolución del 22 de febrero de 1918*", Colección de Folletos, segunda edición, 1919, Falcó y Borrasé, págs. 20 y 21
- (87) *Ibidem*, págs. 23 y 24
- (88) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Lola*" (Romance de Costumbres Nacionales), 1918, Imprenta y Librería Alsina, San José, Costa Rica.

- (89) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Poesías*", ob. cit., págs. 15 a 17
- (90) **ANONIMO**, ob. cit., págs. 48 a 50
- (91) *Ibidem*, Cuaderno No. 5
- (92) **DIARIO DE COSTA RICA**, 11 de setiembre de 1919, pág. 5. "*Entrevista con la viuda de Ricardo Rivera a orillas del Río Tiribí, San Antonio*"
- (93) **LA NACION**, 16 de marzo de 1972, págs. 8 y 47. "*Yo presencié la muerte de Rogelio Fernández Güell*".
- (94) El crimen fue reconstruido con las narraciones de **Marcelino García Flamenco** y **Salvador Jiménez**, reproducidas en "*Proceso Histórico*", y **Aureliano Gutiérrez**, según cita anterior.
- (95) **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**, "*Poesías*", ob. cit.
- (96) **LA TRIBUNA**, 15 de marzo de 1923, pág. 5
- (97) **EL RENACIMIENTO**, 13 de junio de 1918, pág. 2. "*La muerte trágica en Costa Rica y el honor en España*".
- (98) **DIARIO DE COSTA RICA**, 9 de octubre 1919
- (99) **LA TRIBUNA**, 15 de marzo de 1923, págs. 4 y 5
- (100) *Ibidem*.



EDUARDO OCONTRILLO GARCIA, nacido hace cuarenta y cinco años en San José, economista y contador público, escribe Historia con rigor de juicio y sobre todo con singular amenidad. Su primera obra, una biografía del Presidente Alfredo González Flores, premiada en un certamen literario organizado con motivo del centenario del nacimiento del prócer, será publicada por la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia (UNED).

El nombre de **Rogelio Fernández Güell**, en los tiempos que corren, casi no tiene significación para los costarricenses. Algunos pocos quizá lo recuerdan como a "un periodista que mataron los Tinoco, allá en Buenos Aires", pero nada más. En esta obra, la primera biografía que se publica de Fernández Güell, asistimos a los más relevantes aspectos de la vida apasionante, casi novelesca, de un hombre extraordinario que descolló en todos los campos adonde lo llevaron sus inquietudes, que fueron muchas, y que tuvo por escenarios a España, México, Estados Unidos y, desde luego, Costa Rica, hasta su trágico fin.

Con este libro, sugerente como una novela de aventuras, Rogelio Fernández Güell dejará de ser el fantasma del que hemos tenido algunas noticias. Lo que existe de mito y de verdad en la vida breve pero intensa del intelectual que sobresalió como periodista, escritor, poeta, político y aun en sus afanes por explorar el mundo de lo desconocido, lo encontraremos en estas notables páginas.

Se incorporan al texto, además, selecciones de escritos y poesías del biografiado.



Editorial Costa Rica